

nábalo cuando quería dominarlo y hasta lo tiranizaba con mayor facilidad que otras mujeres en sociedades menos fuertes. El atrevimiento de su lenguaje demuestra cómo la grosería del sexo fuerte se pegaba con facilidad al débil. La legislación lacedemonia, queriendo aumentar el número escaso de dorios, protegía y santificaba la fecundidad. Como en Israel, teníanse por castigo celeste las esterilidades. En cuanto la mujer sentía los síntomas del embarazo retrataba en sus ojos las efigies de los héroes y henchía sus oídos con los relatos de las hazañas heroicas. Durante los embarazos ¿cuál género de cuidados no asaltaría naturalmente á una madre amenazada por la ley de perder á su hijo si nacía deforme? Así nos lo cuenta Plutarco en la historia de Licurgo. El padre presentaba sus hijos á las públicas asambleas, y un consejo de ancianos decidía si aquel niño era ó no apto á la pública defensa de su patria. Si lo era devolvíanlo inmediatamente á su madre para que lo criase, y si no lo era matábanlo á la vista de su padre, por creerlo miembro dañoso, á lo menos inútil, en una sociedad vigorosísima, criada y mantenida para la guerra, y donde nada valían los débiles.

Necesitábase alterar mucho los sentimientos propios á un corazón de madre para matar en sus entrañas todos los afectos conducentes á la conser-

vación de una especie. Los muchos dolores á que la gestación y el parto están sujetos providencialmente, sirven para que las madres atiendan con toda solicitud á hijos tan caros y tan costosos. ¡Cuánto no había de hacer la ley social con sus disposiciones artificiosas para vencer y burlar así las leyes naturales! Pues las burlaron. Llegó la madre lacedemonia, en su crueldad, si paría un hijo deforme, á designarlo para el sacrificio y para la muerte. En cambio, al hijo robusto, prometedor de una complexión guerrera, se le apercibía y lactaba como la feroz loba lacta sus lobeznos y la leona sus cachorros. La cuna del niño era un escudo y otro escudo la cubierta de tal cuna. El puñal, el machete, la espada, los instrumentos de muerte parecen, más que cual objetos forjados para el hombre, cual órganos componentes de su cuerpo. Así, cuando apenas ha entrado el niño en la pubertad, la madre le presenta el escudo y le dice que si lo llama al combate la patria, vuelva triunfador con él, ó vuelva sobre él muerto. Cuando los combates cruentísimos de aquel tiempo, parecidos á las batallas implacables entre las especies carniceras, llegan á empeñarse, la madre sale á la puerta del pueblo para saber más pronto los resultados del encuentro. Pero no creáis que pregunta por la salud ó por la vida preciosas de sus hijos; pareceríale una

debilidad imperdonable tal interrogación; pregunta por las incidencias del combate, pregunta por la oscilación de aquellas fuerzas, pregunta por el avance ó retroceso de las falanges empeñadas en el conflicto; no pregunta por los suyos jamás, pues cometería una traición enorme contra su conciencia de interesarse antes por su familia que por su patria. Plutarco nos cuenta en los apotegmas lacedemonios que cierta espartana contaba cinco hijos en horrible combate. Y mientras duró estuvo á la puerta del pueblo, con los oídos abiertos para escuchar y recibir el fragor de los combatientes, el estruendo siniestro de las armas, el clamoreo de los enemigos, el estertor de los moribundos, el graznido de los cuervos, todas esas vibraciones terribles de la guerra y de la lucha.

Cinco hijos tiene allí, en aquel horror, y los cinco han muerto. Al volver uno de sus camaradas, dirígese á él y le da, tras su interrogación, ó antes quizá de interrogar, la nefasta nueva del terrible destino que ha tocado á los suyos. «No pregunto eso, dice, no pregunto por los míos, pregunto por los resultados del combate.» Y cuando sabe que lo ha ganado la patria, sin verter una lágrima, se dirige tranquila y serena, con la sonrisa en los labios, al templo de los dioses, para rendirles gracias y ofrecerles aquel terrible holo-

causto cumplido en el ara de su corazón implacable. Tal es una madre lacedemonia.

No paraban aquí los rasgos de fría crueldad transmitidos por aquellas mujeres al estudio y consideración de todos los pueblos. Tenían ánimo bastante para ver los cuerpos de su prole, con calma examinarlos después de la muerte, cual puede hoy un anatómico estudiar y examinar un esqueleto. Y procedían así en su deseo de ver cómo y dónde habían recibido las heridas. Si las recibieron en la espalda, testimoniándose así que huyeran, lloraban, y lloraban muchísimo, mas no la muerte del fruto de sus entrañas, la deshonra de todos. Ni siquiera se cura entonces de darle un sepulcro: que se lo coman los perros ó los cuervos, que lo devore la tierra ignorada y común, como devora el fruto caído sobre su seno. Solamente á los héroes debe sepultura la patria. A éstos, heridos en el pecho, con la cara vuelta de grado al enemigo, á éstos, hay que llorarlos y que bendecirlos, mezclando sus despojos con los despojos de sus abuelos, constituyendo los huesos suyos raíces de toda una sublime familia, digna de su patria. Plutarco no se cansa nunca de referirnos las heroicidades, á veces crueles, con que la espartana combate sus sentimientos de madre y consagra para los dominios de la muerte á los hijos que han tomado en sus entrañas vida. Una la-

cedemonia, sabedora de que su hijo ha llegado á huir en un combate, le dice: «O justificate ó muere.» No le queda otro recurso al infeliz, porque, de presentarse en la familia y en la casa, hubiérale partido ella misma el corazón. Diodoro de Sicilia nos refiere un rasgo que demuestra la verdad evidente de todo lo que venimos diciendo. El rey de Lacedemonia, Pausanias, es acusado de haber vendido á los persas la patria. Bajo tal acusación se refugia en el templo de Minerva, y pide al pueblo, de hinojos casi, la vida. El pueblo no sabe qué hacer, detenido por la majestad del rey y por la elocuencia de sus súplicas. Pero la madre de Pausanias llega, y sin decir palabra, reconviene con la mirada siniestra de sus ojos despreciativos y con la vibración de sus labios animados por el odio la piedad popular. Y después de tal muda reconvencción inclínase triste, pero resueltamente, sobre la tierra; coge del suelo un canto, y llevándolo con sus propias manos á la puerta del templo, donde su hijo se ha refugiado, lo deja y se retira. Comprenden los espartanos la dura lección, y tapián la puerta del templo, donde muere de hambre aquel traidor por sentencia de aquella mujer, su madre, su juez y su verdugo.

Imaginaos cuántos rasgos de tal género habrá en las infinitas guerras que los dorios empeñan en-

tre sí ó con los vecinos y contrarios. Imposible organizar un pueblo y un Estado guerrero de tal fuste sin que produzca en todo tiempo la guerra. Mientras en los demás pueblos griegos el ciudadano pasaba del trabajo al combate ¡ah! en Lacedemonia no tenía el ciudadano aquel ningún otro oficio más que combatir y vencer. La vida del soldado en la paz resulta de suyo tan uniforme y enojosa que por fuerza y por necesidad las gentes armadas han de buscar la guerra. Habiendo aprendido desde la niñez á emplear toda su actividad en los ejercicios militares, al fin y al cabo resultaba la guerra una continuación, y nada más que una continuación, de tales ejercicios. Iban los espartanos del hogar al campamento y del campamento al combate, vestidos con sus trajes más preciados, luciendo lo único que para ellos tenía en el mundo atractivo, las armas, y llevando el paso al són de las cadencias y de las canciones guerreras alzadas en són atronador. Aquel restricto territorio espartano despedía también á sus habitantes del propio seno y les incitaba de continuo al combate constante. Su lote de tierra era tan mínimo y su tributo para la manutención común tan pesado, que necesitaba precaverse por la guerra de caer en la miseria y en la deshonra. Nuevas reparticiones de tierras debían ocurrir á estos peligros y proveer á estas necesida-

des, las cuales adquisiciones pedían imperiosa y urgentemente la guerra. Los dorios de Lacedemonia estaban rodeados en el Peloponeso por familias y tierras dorias también. Si era dórico el gobierno espartano, dóricos eran los gobiernos de Mesenia y Argos. A pesar de que separaba una frontera muy natural aquel Estado de los Estados vecinos, la cortante cumbre del Taigeto, donde se levantaba un santuario indicativo de la separación, el espartano soñaba todas las noches, en su paz precaria, llamada por él molicié, con la conquista de Mesenia y Argos. La tentación resultaba tanto más viva cuanto que allende la cumbre del Taigeto extendíanse tierras muy feraces.

En efecto, todos los autores alaban á una las faldas occidentales del monte, mucho más viciosas y fértiles que las faldas orientales. Además, mientras que los valles del Eurotas aparecían cubiertos de profundas heridas por los desastres que allí aglomerara en cien ocasiones la guerra civil, Mesenia, repuesta de las conquistas dorias, que habían agitado todo aquel territorio, brillaba con el resplandor suave de la paz. Poblados sus campos de árboles, y de mástiles sus puertos, agricultura y navegación le prestaban de continuo sus tributos y la henchían de su vida. ¡Cuántas seducciones esta tierra encantadora y encantada ofrecía para el espar-

tano, que desde sus tierras áridas y desde sus crestas desnudas miraba con envidia y codicia el suelo cortado en terrazas llenas de olivos, viñedos, granados, plantas llenas de frutos, y allá más lejos, bañando los piés de las ciudades con sus ondas azules, el mar poblado de blancas y agitadas velas. Luégo la Mesenia, en su felicidad y abundancia, se había desceñido un tanto de las viejas tradiciones dorias y cambiado su condición combatiente y guerrera por otra compleción digna de Arcadia. No parecía, pues, un fratricidio al dorio espartano combatir con el dorio mesenio. Antes por el contrario, como quiera que había vuelto éste á confundirse con los pelasgos y á tomar su carácter, parecía al espartano un rudimentario deber de su familia y de su sangre el restablecimiento de la naturaleza doria en el pueblo que la desconociera y olvidara. Motivos, pues, de toda clase incitaban al espartano para iniciar una conquista de aquellos pueblos, por cuya felicidad sentía envidia y de cuyas riquezas ¡ay! sentía insaciable codicia. He aquí la causa de un conflicto, en el cual veremos nuevas demostraciones del carácter ya reconocido en las mujeres dorias.

Los espartanos buscaron un pretexto en el sexo hermoso para emprender la conquista de Mesenia. Dijéronse ofendidos por ellas, y alzaron las armas

para lavar con sangre su ofensa. Bien á este, ó bien á otro pretexto, generóse la guerra, y duraron largo tiempo sus terribles incidencias. Incierto el triunfo á causa de los ardores puestos por unos y otros en el combate, los mesenios consultaron al oráculo délfico y le pidieron auxilios necesarios á sus aflicciones y á sus angustias. Aconsejóles el oráculo echar suertes sobre los nombres de las vírgenes pertenecientes á la dinastía de los Épytos, é inmolarse sobre las aras de los dioses infernales, con el cuchillo sacro, á la designada por el acaso. Salió el nombre de la víctima propiciatoria, y no se atrevieron los mesenios á perpetrar la bárbara inmolación. Un príncipe de la sangre real, que debía verse para satisfacer á los dioses y salvar á los mesenios, creyendo imposible toda ventaja sin el sacrificio, de grado presentó á los sacrificadores la propia hija. Estaba en días de casarse la infeliz, y como quiera que su novio, prometido y designado ya para el matrimonio, apelase á toda suerte de industrias, en el deseo natural de impedir el cruelísimo atentado, Aristodemo dirigióse á su hija, ciego por la cólera, tomóla por la mano con violencia, y clavándole un puñal en el corazón, arrojóla sobre las aras donde caían las víctimas apercebidas á los religiosos holocaustos. Presente allí el adivino Epébolos, declaró que, no habiéndose cumplido las

prescripciones litúrgicas, ni observábase los ritos sacros, ni héchose la inmolación por aquel á quien verdaderamente competía, necesitábase otra víctima de las mismas condiciones pedidas por el oráculo, necesitábase una virgen de sangre real. Todos los príncipes, en algún grado pertenecientes á la dinastía designada, pusieron en el cielo sus gritos y abrazaron desolados á sus hijas, como para defenderlas contra los crueles decretos del destino. En la natural desolación hasta hubo quien quiso matar al novio solícito cuyas ciegas resistencias habían traído la irregularidad en el sacrificio, inutilizando por faltas de formas litúrgicas la virtud y eficacia de un acto tan cruento. El rey Eufares intervino á favor del amenazado, no sin haber puesto en claro antes cómo el oráculo había quedado cumplido, los dioses completamente satisfechos y la víctima inmolada, si no con rigurosa observancia de los ritos, con ánimo, y voluntad, y decisión de observarlos, como debían saber á ciencia cierta los cielos que sondan los abismos y conocen los secretos del humano espíritu.

Aristodemo se granjeó la voluntad pública en Mesenia por virtud natural del crimen perpetrado en su hija. Aunque los adivinos declararon el asesinato no una inmolación religiosa, un parricidio sugerido por voluntad sobrada violenta y desagrada-

ble á los dioses, no quiso Mesenia oír estas advertencias y nombró rey al popular parricida. Bien pronto los dioses confirmaron el sentir de sus sacerdotes. Cuantas señales pueden dar los cielos, dierónlas de su desagrado. No ponía el monarca mano en asunto que resultase próspero. Poco á poco se penetraba de su desfavor con las divinidades. Tal persuasión le aterraba, pero no se atrevía, en sus perplejidades, á tomar definitivas resoluciones. Sin embargo, un sueño lo decidió. Sonaban los clarines guerreros en su oído cuando él se vestía su armadura y empuñaba su espada en busca y requerimiento del enemigo aproximado á Mesenia. Mas al ir á sus altares domésticos é invocar sus dioses lares para que prosperaran el heroico esfuerzo suyo, sobre la mesa consagrada se veían las entrañas de los toros ofrecidos á la divinidad, y sobre las entrañas la sombra de su hija, con la herida en el pecho por donde el puñal de su padre penetrara, que, arrojando las ofrendas religiosas y desciñendo al guerrero de su espada, le ponía una túnica de lino blanco y una corona de oro puro, insignias reservadas á los muertos ilustres en la vieja Mesenia. El rey comprendió todo lo que aquel sueño quería decir á su mente. Después de haber su propia sangre vertido en aras de los dioses, no aceptaban éstos el cruel sacrificio. Inútilmente hiriera el corazón de un

joven enamorado que deseaba llamarse cariñoso hijo suyo; inútilmente sacrificara una doncella tan hermosa como su hija en la florescencia de su vida y cuando iba precisamente á darle nietos destinados á perpetuar y engrandecer su nombre. Afigido por todas estas consideraciones, y aleccionado por todos estos ensueños, la vida no tuvo ya valor ni precio para el desgraciado monarca. En cuanto se hubo del sueño despertado, cogió realmente la espada, que allá en la imaginación le había desceñido su hija por modo soñado, y yéndose al sepulcro donde yacían sus queridos restos, clavóse la infeliz á sí mismo, feneciendo suicida entre los horrores de la desesperación y bajo las maldiciones de su conciencia.

Los dorios espartanos apoderáronse al fin de los dorios mesenios. No hay para qué decir, conociendo cómo las gastaban los vencedores, cuánto molestarían á los vencidos. Baste un rasgo revelador de las crueldades empleadas hasta en las cosas más nimias con sus dominados por los terribles dominadores. Cuando moría un primate de la soberbia Esparta, debían acudir mesenios y mesenias al entierro en tropel, llorar como alquiladas plañideras, vestirse de luto, golpearse cual si la muerte de sus tiranos los hubiera sumido en el dolor más intenso y en la orfandad más triste. Así, á

los treinta y nueve años de sujeción, subleváronse aquellas gentes jurando morir antes que tolerar tamaña servidumbre. Aristómenes los condujo á esta campaña y les procuró la primera victoria. Inútil encarecer cuánto se holgarían las mesenias de las ventajas patrias y qué himnos triunfales entonarían en justa compensación de los elegíacos plañidos impuestos por la fuerza de los tiranos á la irremediable obediencia de los tiranizados. Cuando Aristómenes volvió, las mujeres de su pueblo tañeron cítaras en sus oídos, cantaron odas en su loor, y cubrieron de flores el camino conducente á su hogar. Entre sus hazañas contábase una bien lisonjera y honrosa para él. Habiendo apresado en Caries varias espartanas cuando se dirigían en coro á cantar y danzar ante la efigie de la diosa Diana, condújolas á un barrio mesenio; y como quiera que algunos soldados vencedores quisieran ultrajarlas, matólos sin piedad y lavó con aquella sangre la honra de su ejército. Indudablemente, á causa de esto, cuando sitiadas por él en el templo de la vieja Egila, defendiéronse las mujeres lacedemonias al punto de vencerlo y tomarlo prisionero, Arquidamia, sacerdotisa de Ceres, muy enamorada en su interior del héroe, lo soltó á riesgo de morir ella herida por el furor de sus conciudadanos. Resueltamente, si hemos de creer á Pausanias, Aristóme-

nes poseía el corazón de las mujeres que lo rodeaban. Preso por los cretenses, anunciaron éstos á los espartanos la presa. Y mientras aguardaban la respuesta encerraron al prisionero en una granja. Estaba dirigida la finca por cierta viuda, quien tenía una hija muy joven. La noche antes del combate y del arribo de Aristómenes había soñado la muchacha campesina que ciertos lobos conducían á su presencia un león encadenado después de quitarle sus uñas, y que por ella, por su intercesión, el soberbio bruto había roto sus cadenas, recobrado su defensa y puesto á sus apresadores en vergonzosa huída. Interpretado el sueño, como solían interpretarse todos allá en los tiempos antiguos, más ó menos arbitrariamente, la doncella emborrachó á los hijos de Creta, y tomando el puñal de aquel que veía más agobiado por el vino y más preso en el sueño, pasólo al héroe mesenio, quien, después de haber cortado sus ligaduras, mató al general enemigo y se puso en cobro, no sin anunciar antes á la joven cómo ingresaría en su familia y sería princesa en Mesenia por casamiento con uno de sus hijos.

Los espartanos volvieron de nuevo al combate con furor, y en este combate alcanzaron la decisiva y perenne victoria. Esta señaladísima ventaja, trascendente á su historia, y que les dió la domi-

nación del Peloponeso, ha resultado, en concepto de la posteridad, obra de un poeta, y á la poesía y á sus himnos debida por los lacedemonios. El nombre de tal poeta corre por todos los labios y mueve todos los corazones. Quien desea enardecer á un pueblo, murmura en sus oídos la palabra Tirteo. Sus estrofas, esas estrofas aladas, van de sus labios vibrantes al corazón de los soldados, y, despertándolos á una vida superior, les sugiere el desprecio de todos los placeres y el amor intenso al sacrificio y á la muerte. Leyendo los fragmentos que nos quedan del poeta guerrero, siente uno animarse la fibra marcial que hay en todo varón y resolverse la voluntad por el sacrificio austero y por el triunfo desinteresado. La unidad íntima, espiritual de nuestras razas arias, resulta patentizada en estos himnos de Tirteo, muy semejantes á los himnos heroicos encerrados y contenidos en las epopeyas de los Vedas. Aparte su mérito literario, siéntense por su virtud moral remontarse los resortes de la voluntad, no ya en quien los oye al partirse para la guerra y embriagarse con las embriagadoras esperanzas militares, al que los lee con fervor en lenguas tan ajenas de la suya como nuestras lenguas y en estado de ánimo tan distinto del suyo como el ánimo contemporáneo y cristiano. Aunque ateniense y no lacedemonio, Tirteo ha es-

cogido la concisión espartana para expresar sus afectos guerreros y patrios. No puede, no, pintarse con mayor fidelidad y en menos palabras la miseria del más infame de los hombres, del que vuelve, cobarde, al enemigo sus espaldas, cubriéndose de mengua en su nombre, de odio en su raza, de horror en su rostro, de maldiciones en su memoria, mientras quien cae en primera fila, después de haber esgrimido su espada y abollado su escudo á los golpes del contrario, cubierto de las honrosas heridas y transfigurado el rostro á los trasuntos de la satisfacción interior, queda en el polvo de la batalla como un dios, puesto que su alma se ha confundido en el cielo azul con el alma sagrada de la patria. El amor á la gloria, el deseo de una gran consideración entre sus conciudadanos; lo que llamamos honra y ponemos, no sólo en las satisfacciones interiores, sino en la estima universal; el ensueño de vivir entre los venideros, aunque no hayamos de saberlo, y alcanzar bendiciones eternas, aunque no hayamos de oirlas, crearon, merced á las estrofas de Tirteo, aquella falange lacedemonia donde los jóvenes, vestidos á la ligera, armados de hambrientas espadas, fortalecidos con rodela protectoras, apoyándose los unos á los otros, avanzaban; mientras los viejos, cuyas rodillas flaquean y cuyas armas pesan, á guisa de animado muro, sostienen